Fernando Sánchez Zinny

CASAS VIEJAS

De viaje siempre y siempre retomando,
como oración en labios de los pobres.

Tu amor ha sido siempre
indistintos adioses junto al muelle,
con augurios de pájaros que emigran.

La despedida de jornadas y de amigos
deja siempre en las manos una moneda
gastada y gris, como limosna.

Pero con varias en el bolsillo aún no te descifraba
¿era acaso tu piel o el amor solamente?

La melodía crece,
como una lluvia de opacar cristales,
lucidez invasora sin palabras,
fiebre fría en las alas azarosas.

Entretanto volvías como la noche que me ampara,
igual que la nostalgia para enmendar ayeres,
o el ascua del deseo entre las brasas consumidas...,
esa cíclica nómina de acasos y de arcanos!

Entre las sombras vagan las sombras de nosotros,
tristes, tristes, tristes.

No veremos ya más la primavera
con su cesta de flores e ignorados latidos.
La juventud, la juventud tibia y apocada,
era un recodo en el que no reparamos.

Manchas de la luna, el quieto rocío como un llanto,
el andén de la madrugada,
aquel itinerario fatalmente omitido.

PIEL FLORECIDA

La vida que gané: dulce piel florecida,
sus ojos entornados...
Pero es inútil, ¿por qué contar mi historia
tan llena de mentira y esperanza?
Mi soledad se abisma con frecuencia,
la lira emerge con náyades adheridas,
pero amar es retornar, no recordar.

Vado del cauce musical y callado,
por cuya margen la melancolía pasea displicente.

La voz que susurra entre el follaje era cierta,
tu aroma estaba antes, mucho antes de que llegaras.

Así te amaba y un fuego sin destino hacia señas
desde el diluido albur de la bahía.

Hoy, ya lindero de esa desolación contemplo
vestigios y memorias,
y huyo de mí, pensando,
que si no morí entonces es porque estaba muerto.

El resto es lo de siempre, ecos o enigmas,
formas de lo que me acompaña y acompaña a la noche,
preguntas que la sudestada extingue:
¿era acaso tu piel o el amor solamente?

AMOR A TU HISTORIA

Amo acaso la historia que cuenta tus amores,
saga oscura trocada en un coloquio
húmedo y espinoso, de ardor y mediodía,
que acude lentamente hasta el presunto límite.

Las materias agónicas, las índoles airadas,
combatieron al Este y al Oeste,
arrasaron confines, campos, abrevaderos.

A ti, mujer, primera y taciturna

llegó mi urgencia indefinida de torrente,
desde una dimensión ubérrima y tan pobre
donde convergen vientos gélidos y quemantes.

Amo acaso la historia que cuenta tus amores,
por más que hoy desterrado de magias y promesas,
equilibre en el quicio avideces y opuestos,
sumiso a tu designio de águila vengativa.

En tus hombros reside la firmeza de un muro
revestido de mármol y terrible ternura,
en que la devoción se inclina dócilmente
para decir tu elogio de amiga y de maraña,
vencedora de toda floración y ocaso,
invulnerable sombra de mi temblor incrédulo,
niña de una contienda poblada por la paz.

Amo acaso la historia que cuenta tus amores,
relato que va en círculos de ebriedad o de enigma,
cuya clave enmascaran los versos convocados,
pero que el corazón no entiende ni ha entendido nunca.

En el descenso suave, con follaje caído
cubriendo este retorno hacia añosas barrancas,
encuentro unas señales de tu pasado tedio,
mortales formas del amor que con barro hace alfarería.

Nada dice que estemos cerca de un mar o laberinto,
lo irreparable es una palabra como tantas
dichas por el conversador o su fatiga.
Antes de aquella historia, afán o éxtasis, antes de morir y olvidar,
de irrumpir en el túnel, ataúd, cuerpo remanente
queda una andanza por hacer, un mapa aún cerrado,
un hilo más por devanar bajo este cielo.